
NOTA EDITORIAL

LA MUERTE DEL SABIO

Tomado de "El Tiempo".

Bogotá, marzo 19 de 1938

Honda conmoción produjo ayer en Bogotá la noticia de la muerte de Federico Lleras Acosta. Es extraño el caso de que una investigación científica como la que venía adelantando Lleras Acosta haya apasionado a los colombianos. La república entera se sentía orgullosa de que en los esquivos dominios de la bacteriología triunfara un colombiano, y tuviera la probabilidad muy próxima de cosechar laureles en una conferencia universal. Pero es que el doctor Lleras no era solamente un hombre de ciencia. Era un maestro que parecía consumirse en la llama de sus propias convicciones. Polemista, ardiente, comunicativo, tenía el ímpetu que debió animar a los primeros sabios. Era avasallador y juvenil delante de sus discípulos. Era optimista y sano y no entendía el ejercicio de la inteligencia como un vicio secreto y solitario, sino con un sentido social y expansivo. Después de muchos años de pasar los días y las noches escrutando con la lente el mundo microbiano, haciendo combinaciones y tanteos para penetrar en los misterios de la vida, cada minúsculo avance que hacía le remozaba y estimulaba para nuevas pesquisas. Tenía el sentido romántico del hombre de estudio que se coloca delante de la ciencia que nace. La terquedad de quien tiene que porfiar en medio de las muchedumbres de escépticos. Tal vez por eso hubo tanto dramatismo en su carrera y la pasión que él puso en su obra se la comunicó a la nación colombiana. El hecho es que ahora mismo todos seguíamos con minucio-

sa atención su viaje, como si la victoria que esperábamos obtener de sus exposiciones fuera una victoria común.

El doctor Lleras no era prudente, no se acomodaba en devaneos y transacciones, era la beligerancia hecha verbo. Desde su cátedra solía dar ejemplo de juventud a los estudiantes. Muchas veces, en las grandes jornadas de la universidad, él era el verbo que decía lo que querían, o debían querer los más jóvenes. Lección fecunda y perdurable de entusiasmo y de energía, de virilidad y de resolución, que nos hizo ver cómo el sabio no tenía por qué encubrir los atributos del hombre. El sentía las cosas de la república con la misma profundidad que las cosas de su mundo, del mundo de la ciencia. El no tuvo que desligarse de la comunidad para entregarle al estudio las horas más hondas de su existencia. Y el hecho de pasarse las noches en vela en el laboratorio, no constituía para él ninguna excusa de actuar cada vez que la república le requiriera. No era un político: pero no era un indiferente. Le gustaba, le apasionaba el definirse.

Hemos recordado especialmente estas características del doctor Lleras, porque lo otro, su personalidad científica, llena hoy el recuerdo de cuantos supieron algo de él. Una personalidad, esta última, que apenas vino a hacerse plenamente visible en los últimos años. El ser comunicativo y hasta locuaz, no quiere decir que el doctor Lleras estuviese declamando sobre sus estudios a toda hora. Años, largos años de vigiliass, de dudas, de experimentaciones, pasaron antes de que un día hubiera llevado a la academia de medicina el resultado de sus estudios. Hubiera podido burlarle a la postre la realidad, y nadie hubiera llegado a saber de esa tremenda lucha que desplegó por arrancarle un pequeño secreto a la ciencia. Lo que se sabe siempre de estas exploraciones por los esquivos campos de la investigación no es sino un débil reflejo de la agobiadora labor que ellas imponen. ¡Cuántas veces se derrumbarían todas las hipótesis previas en ese penoso diálogo sostenido entre el sabio y el misterio! Pero ahí estaba para imponerse, para empezar otra vez el camino, para recomenzar la hipótesis, la voluntad indeclinable del maestro. Y es en realidad esa lección de su vida, el hecho de su constancia portentosa, lo que nos hace fijar más exactamente en Federico Lleras Acosta la calificación de maestro.

Contra la acometida de la misma naturaleza que quiso doblarlo, reducirlo a la inacción, se levantó su energía, el fuego de sus convicciones. Se hizo enderezar mecánicamente, para que las vigiliass continuas sobre el microscopio no inhabilitaran su cuerpo para proseguir en la lucha

científica. Admirable ejemplo de una vida asida desesperadamente de un esqueleto artificial, en el afán heroico de no dejar trunca una investigación. No es la de Federico Lleras Acosta una estampa de que se enorgullezca ciertamente la ciencia colombiana: con ella puede sentirse plena la ciencia universal. Por grandes que nos parezcan los descubrimientos del profundo escudriñador de unos de los flagelos más terribles de la humanidad, por admirables que sean sus estudios, más grande y admirable fue su personalidad, a cuyo paso, camino de la eternidad, nos descubrimos con respeto y emoción.

